

Apuntes para la seguridad de las naciones

Después del 11 de septiembre

OSCAR ROCHA

Considerar los sucesos del martes 11 de septiembre como un parteaguas en el escenario internacional representa una obviedad, y sin embargo las ramificaciones y consecuencias de los ataques terroristas en Nueva York y Washington sólo se están manifestando de manera gradual. La magnitud de los hechos y la conformación de las reacciones de los diversos participantes están generando una dinámica que obliga a la reflexión constante. En esta nueva era ha quedado lejos la cómoda certidumbre de las enemistades de la guerra fría e incluso lo que en retrospectiva se puede ver como la década de parsimonia de la posguerra fría. En estos días presenciamos cambios súbitos y dramáticos que a su vez abren sucesivos abanicos de futuros alternativos, algunos más siniestros que otros.

¿Cuál puede ser el fin último de los atentados?

Desentrañar la lógica de los ataques ha sido quizá el primer reto analítico porque, a diferencia de otro tipo de ataques terroristas, en esta ocasión no ha habido una explicación abierta de su propósito. Sin embargo, es notable la ausencia de un consenso sobre la relevancia de dilucidar con precisión la intencionalidad de los ataques. Por el contrario, existen una multiplicidad de posiciones, incluyendo la del propio presidente Bush, que abogan por una reacción definida por la extensión y naturaleza del daño provocado. Sin embargo, parecen existir poderosas razones por las cuales la intencionalidad de los ataques debería ser considerada como un elemento rector de la respuesta.

El riesgo más grande que corren los Estados Unidos, y quienes decidan acompañarlos en su aventura militar, es que en la propia selección y aplicación del castigo cumplan con los más fervientes deseos de los propios terroristas. Estos ataques no tienen objetivos inmediatos y delimitados. No son el camión-bomba contra las barracas de la Infantería de Marina estadounidense en Beirut que, con sus 250 muertes, buscó y logró el retiro de Estados Unidos de Líbano. Tienen una naturaleza más difusa, pero no por ello menos trascendental. El fundamentalismo islámico no deja de tener una competencia interna extraordinariamente ardua dentro del mundo islámico por los "corazones y las mentes" de todos aquellos que profesan esa religión. Son claramente una minoría dentro de ese enorme mundo multicultural y multiétnico en el que buscan ampliar y consolidar sus espacios subrayando la diferencia, supuesta incompatibilidad y rechazo al Occidente. Pocas banderas tan efectivas tendrá ese fundamentalismo islámico para ganarse adeptos y pregonar la veracidad de su visión del mundo, como la de convertir los ataques a Nueva York y Washington en la perfecta provocación para la confrontación violenta con los Estados Unidos, en su propio terreno, ya sea en las desoladas cañadas de Afganistán o en los barrios musulmanes de todo el orbe, desde Hamburgo hasta Peshawar. Ese parece ser, en efecto, el objetivo último de los atentados: generar una dinámica de polarización entre Occidente y el Islam que propicie en los hechos el planteamiento que hiciera Samuel Huntington hace algunos años: el choque de las civilizaciones, en una reedición a escala global de lo ocurrido en los pasados 18 meses entre israelíes y palestinos.

Este enorme peligro es el que ha llevado a diversos analistas a advertir de la necesidad de respaldar, económica y políticamente, a ese mundo musulmán "moderado" y secular que representa el verdadero valladar al fundamentalismo islámico. Tal vez el recurrente desdén europeo a los deseos de Turquía de ingresar a la Unión Europea sea visto ahora desde una óptica diferente. Pero el primer punto de crisis bien puede ser en Pakistán, donde las demandas de cooperación por parte de Estados Unidos pueden propiciar un proceso de desestabilización interna en un país que, a diferencia de su vecino Afganistán, posee una infraestructura bélica muy significativa que incluye armas nucleares.

La guerra contra el terrorismo, ¿cómo y contra quién?

Pero regresando al imperio agraviado, la invocación de una guerra por parte de Estados Unidos, en lo discursivo y recientemente en lo bélico, y particularmente en la búsqueda de respaldo internacional, contiene una indefinición importante. ¿Contra quién exactamente es la guerra? Hay quien la ha caracterizado como una declaración de guerra dirigida a "quien corresponda" a lo que habría que añadir, con "domicilio desconocido o itinerante". Parecen existir dos alternativas: o se declara una guerra en contra de un grupo terrorista específico (Osama Bin Laden) o se le declara la guerra al terrorismo, cualquiera que sea la coloración política que tome. Ambas alternativas presentan sus problemas. Aun bajo el supuesto heroico de que se lograra un éxito total contra bin Laden difícilmente se podría pensar que habría sido eliminado el riesgo de futuros ataques dirigidos a Estados Unidos, de esa misma escala y con ese mismo fanatismo. El fugaz éxito duraría hasta el siguiente atentado.

Pero ante la otra alternativa, muchos se preguntan cómo se le puede declarar la guerra a lo que en esencia es una técnica, a disposición de un sinnúmero de usuarios potenciales que van desde la eta hasta la insurgencia en Chechenia. Desde un punto de vista ético obliga a realizar una revisión introspectiva en Occidente de cómo se ha utilizado el terror como instrumento de poder. No está demasiado lejos la decisión de ambos bandos en la segunda guerra mundial de utilizar el bombardeo aéreo en contra de la población civil como instrumento de presión contra el enemigo, estrategia que usó no sólo la Luftwaffe en Polonia o Londres, sino la propia Royal Air Force en Dresde y Hamburgo y el entonces US Army Air Corps en Tokio con armas convencionales, por citar unos cuantos ejemplos, y sin entrar a la lógica del uso de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasa-ki. O para hablar de casos mucho más recientes, el insti-gamiento y la asistencia técnica y financiera en la década de los ochenta a los mismísimos grupos musulmanes radicales en Afganistán que después de vietnamizar la estancia soviética han redirigido sus animadversión en contra de los Estados Unidos, su patrocinador original en aquellas guerras.

Como se ha dicho en estos días, los que para unos son terroristas, para otros son libertadores o indepen-dentistas. Esta ambigüedad ética del usuario del terrorismo como instrumento de poder es precisamente lo que lleva a las paradojas de origen práctico a las que se enfrenta una posible guerra contra el terrorismo en un sentido genérico, que es la adopción de agendas políticas muy diversas por parte de los integrantes de una coalición diplomática y/o militar.

No resulta difícil imaginar con qué entusiasmo se sumará Rusia a semejante empresa, por ejemplo, si ello conlleva un respaldo generalizado en su política de exterminar a sus propios terroristas, el movimiento secesionista de Chechenia, ya que a los ojos del Estado ruso es evidente que el enemigo aparecido en Nueva York es el mismo que ha dinamitado edificios de departamentos en varias ciudades rusas. Como botón de muestra, ¿será ese el quid pro quo por la anuencia rusa al uso estadounidense de bases aéreas en Uzbekistán?

Esta ambigüedad persistía aún en el discurso pronunciado por el presidente Bush el 20 de septiembre, cuando afirmaba que Estados Unidos no descansaría hasta que todo grupo terrorista de alcance global haya sido encontrado, detenido y derrotado. ¿Qué debemos entender por "alcance global"?

El lenguaje de la guerra también plantea una paradoja, porque hasta hace unas semanas el mundo occidental conceptualizaba los actos terroristas como actos criminales que se debían perseguir a través de investigaciones policíacas. El nuevo discurso a la vez relaja las limitaciones al rango de respuestas posibles y corre el riesgo de enaltecer el estatus del enemigo declarado. Esto es, anteriormente las respuestas de los Estados consistían en la recopilación de todos aquellos elementos que permitieran armar casos jurídicamente sólidos para procesar penalmente a los responsables, como sucedió en el anterior atentado en contra de las Torres Gemelas en Nueva York. La respuesta militar deja atrás el bagaje procedimental de la ley y gira en torno a la efectividad en la destrucción de la amenaza; se trata de la misma lógica utilizada en el último año por los helicópteros israelíes que dirigen "quirúrgicamente" sus misiles contra líderes palestinos, en sus casas, oficinas o vehículos. El juicio sumario dura los segundos que toma el misil en alcanzar a su objetivo y detonar. Las discusiones en el Legislativo estadounidense respecto de retirar las restricciones al asesinato como instrumento a disposición de sus servicios militares y de inteligencia van precisamente en esta dirección. La noche del 20 de septiembre el presidente Bush lo dijo con claridad ante su Congreso: "Ya sea que traigamos a nuestros enemigos ante la justicia, o le llevemos la justicia a nuestros enemigos, se hará justicia". El riesgo es que el que se lleva, se aguanta. Pero los terroristas tampoco se presentarán como blancos fáciles a sus perseguidores. Si las llanuras y las cañadas de Afganistán dejan de ser un lugar seguro, en un abrir y cerrar de ojos se dispararán en cuanta comunidad musulmana encuentren esparcida en las ciudades del mundo.

Pero perder las ataduras de la caracterización criminal también tiene otros costos. Hay quienes argumentan que la declaración de guerra le puede estar atribuyendo a los terroristas el carácter de combatientes, regido por el derecho internacional, por ejemplo en cuanto a prisioneros de guerra y la imposibilidad de hacer responsable a un combatiente de sus acciones en contra de objetivos militares, como sería el caso de atentados como el perpetrado contra el destructor estadounidense USS Cole. No en vano se resistió por décadas el Estado británico a que los integrantes del Ejército Republicano Irlandés fuesen reconocidos como combatientes, en lugar de criminales. Ahora bien, la interpretación expedita de los medios televisivos seguramente hará que en los hechos sea irrelevante el efecto de estos tecnicismos. Finalmente estamos ante la lógica del poder y de la fuerza desencadenada por el agravio y el dolor.

La identidad y ubicación del destinatario de esta declaración de guerra es tan incierta que los círculos de análisis en Washington hablaban una semana después de los ataques de un viraje hacia Irak como enemigo vinculado a estos hechos terroristas (stratfor.com) cuando las primeras evaluaciones arrojaron una enorme ausencia de objetivos militares dentro de Afganistán. Ya ese sólo viraje conceptual, independientemente de si se lleva o no a la práctica, es un reflejo clarísimo de que esta política se irá haciendo sobre la marcha, con niveles de intervención estadounidense en todos los rincones del mundo que probablemente no se hayan visto desde la segunda guerra mundial.

El otro cambio extraordinario es la súbita transformación de la tolerancia estadounidense con respecto a la pérdida de vidas entre sus propios efectivos militares en la realización de

operaciones. Durante la posguerra fría el mayor freno a la intervención militar estadounidense fue precisamente la bajísima tolerancia a que murieran sus soldados, por supuesto, absolutamente desligada de cualquier resquemor sobre las bajas del lado contrario. Menos de dos decenas de soldados muertos en Somalia bastaron para provocar el retiro estadounidense y el fracaso de la misión de Naciones Unidas. La diferencia es que prácticamente todo conflicto imaginable en el que se vieron involucrados los Estados Unidos en esa era no estaba relacionado con lo que el pueblo estadounidense consideraba como un interés vital de su seguridad. La guerra del Golfo Pérsico giraba en torno al abastecimiento de petróleo, y no estaba alimentada por el entusiasmo y la envidia que se deriva del dolor propio. La preocupación era el bolsillo, no era algo personal. Como repitiendo un guión de cine, ahora sí se trata de algo personal.

Pero más allá de las especulaciones que se puedan hacer sobre la respuesta militar occidental, no podemos olvidar cuál será también la respuesta de estos grupos terroristas. Un columnista del Financial Times acusaba a los servicios de inteligencia estadounidenses no de su fracaso en detectar este ataque, sino de su fracaso para imaginar la magnitud y la sencillez del mismo. Tantas y tantas discusiones sobre armas de destrucción masiva como misiles nucleares, armas químicas o biológicas, o el impacto de asaltos cibernéticos coordinados que paralizaran la infraestructura de la economía de la información, fueron rebasados por la transformación de lo ordinario, aeronaves comerciales, al jugar el terrorismo la carta del mártir suicida. Desde siempre, aunque parecía haberse olvidado, el mayor poder con el que cuenta el terrorismo es el poder de la imaginación. Así sucedió, por ejemplo, en los setenta en Irlanda del Norte cuando el Ejército Republicano Irlandés literalmente "inventó" el coche-bomba y de ahí en adelante la omnipresencia del automóvil en la sociedad moderna ha estado asociada al terrorismo, como una y otra vez lo demuestra la eta. La transformación radical de las medidas de seguridad aeroportuarias, que probable evite que se vuelva a repetir esa forma específica y espectacular de terrorismo, no resuelve la interrogante central: ¿cuántas otras formas de causar terror le quedarán a la imaginación humana?

Varias de las consecuencias tangibles para México

Esto nos lleva al tema de los costos que implicará esta nueva era de la incertidumbre. Más allá del efecto recesivo a escala global, que depende tanto de las expectativas y otros factores que ya habían aparecido, no será trivial el impacto del gasto en las nuevas medidas de seguridad a todo lo largo de la infraestructura de Occidente y sus fronteras. Las inevitables restricciones a las libertades individuales y a la privacidad serán el resultado de que el Big Brother de Orwell haya salido premiado en la infernal lotería del 11 de septiembre.

Mientras que se van manifestando las múltiples consecuencias del ataque terrorista, ya se pueden identificar diversas consecuencias tangibles para México. En cuanto al proceso de negociación migratoria con Estados Unidos, es como si hubiese estado alojado en uno de los pisos de las Torres Gemelas y con ellas desapareció por el futuro previsible. El mundo político de Washington, que de por sí observaba con escepticismo el innovador planteamiento de ambos Ejecutivos, perdió todo interés en el tema, si no es que de hecho está asumiendo la postura contraria.

La iniciativa del canciller Castañeda de ingresar al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas se puede haber transformado en la proverbial rifa del tigre, donde con toda certeza

se discutirán y aprobarán acciones cuyas implicaciones para la política exterior mexicana sean difíciles de imaginar. Ya el malogrado desdén por el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca se ha convertido en un inusual e inesperado fracaso diplomático, donde se quedó mal con todos.

Una dimensión un tanto sorprendente ha sido la insistente discusión sobre si México aportará o no efectivos militares. Sorprendente porque la amplitud de la coalición política que está buscando organizar Washington corresponde a la exclusividad de la coalición militar que ya tiene prácticamente formada. Se trata de una fiesta a la que afortunadamente no seremos invitados.

Pero la consecuencia grave de estar centrando la discusión en un punto irrelevante es que no ha dejado visualizar el verdadero impacto que para México tendrá su vecindad con Estados Unidos. El incremento exponencial en las medidas de seguridad en los Estados Unidos, que irán naturalmente acompañadas por un esfuerzo equiparable en Canadá, dejarán en el centro del escenario a la frontera mexicana como el eslabón más débil. La misma motivación que trajo el tráfico de narcóticos a México, en camino del mercado estadounidense, será un imán para el mercado del terror. Para enfrentar estas amenazas, México no tiene ni remotamente los instrumentos para establecer un sistema de control y seguridad efectivo y los escasos esfuerzos que se han realizado, como la infraestructura informativa que planteaba el Sistema Nacional de Seguridad Pública con sus bases de datos y sistemas de comunicación, han recibido, por decir lo menos, una bajísima prioridad dentro de la nueva administración del presidente Fox. Eso cambiará y pronto y, en detrimento de nuestro orgullo, seguramente será consecuencia de una avalancha de indicaciones y presiones de las autoridades estadounidenses. Lo que nunca supimos hacer en materia de seguridad pública para protegernos a nosotros mismos del narcotráfico y el crimen organizado, paradójicamente ahora nos veremos obligados a realizarlo para cerrarle el flanco a nuestro poderoso vecino. La discusión sobre un hipotético envío de tropas palidece frente a este reto de fondo a la soberanía y la seguridad nacional mexicanas.

Para coronar el listado de preocupaciones mexicanas, el cambio radical en las prioridades de seguridad estadounidenses puede tener un impacto muy serio en el combate al narcotráfico. Será enorme, por lo menos en el corto plazo, la tentación de reutilizar la infraestructura de detección, y los presupuestos actualmente dedicados por los Estados Unidos a la intercepción de narcóticos en la región, para la protección de las ciudades estadounidenses de ataques similares al ocurrido el 11 de septiembre. Eso dejará aún más desprotegido a México ante los embates de la corrupción que financia el narcotráfico y pondrá todo el peso de la responsabilidad de realizar esas intercepciones de narcóticos sobre nuestras exiguas capacidades. Todo aquel que haya cometido el error de suponer que México satisface sus necesidades de seguridad al simplemente reaccionar ante la información proporcionada por Estados Unidos para interceptar narcóticos, tendrá ahora la oportunidad de saber qué tan equivocado estaba.

Las repercusiones estructurales de la era iniciada el martes 11 de septiembre dependerán en buena medida de la capacidad del terrorismo internacional de sostener el ritmo de la violencia y del efecto que dentro del mundo islámico genere la respuesta de Occidente. Innumerables causas para perder el sueño.

Una parte importante de las reflexiones comentadas en este texto son producto de la 43 Conferencia Anual del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres, coincidentemente celebrada en Ginebra un día después de los atentados terroristas. La ausencia de citas directas responde a una prohibición interna del propio Instituto.

El autor es egresado de El Colegio de México, del Colegio de Defensa Nacional y de la Universidad de Princeton, preside la Fundación Joaquín Amaro de Estudios Estratégicos AC y coordina el Diplomado en Seguridad Nacional del itam.